

SATURNI PROLE

- Los hijos de Saturno -

“Cualquier situación es susceptible de empeorar”. Máxima que en ningún caso se debe guardar en el último baúl, posterior al de los recuerdos, el del olvido. Si bien es cierto, hoy se prodiga tanto la capacidad de maniobra hacia la fatalidad que nos hace dudar de lo absoluto de esta afirmación. Además, el axioma de la vida nos manifiesta que, menos lo infinito, todo tarde o temprano encuentra su fin. Sin embargo, los despropósitos que seguimos sufriendo los mismos de siempre parecen superar los límites de lo finito, sin que en lontananza se adivinen albores con síntomas de decrepitud en nuestras adversidades.

El cúmulo de afrentas a nuestra Escala ocupa una enorme parcela de terreno baldío, resultando nuestras quejas más lastimosas que las de Salicio y Nemoroso y surtiendo nuestras reclamaciones los mismos efectos que un susurro en el desierto estepario. Tanto es así que se nos hace verdaderamente patético ojear a diario el BOD, a sabiendas que el tren de la esperanza partió dejando en vía muerta la ilusión con que otrora cruzamos las puertas de nuestras respectivas academias. Es, sin más, el tener la certeza de que el editor se vuelve a olvidar de nosotros una y otra vez: no estamos en las convocatorias de cursos, no aparecemos en las comisiones, apenas se nos contempla en las

vacantes publicadas, por supuesto escasamente figuramos en los ascensos. Acumulamos más de tres trienios en cada empleo, el ascenso de nuestras promociones se produce a lo largo de un trienio, y más y más. En la asignación del CSCE rara vez superamos el 1, más sorprendente aún sería encontrarse en alguna ocasión cobrando el CDE, aunque éste no está reflejado en el BOD.

Estas cosas existen para otros, nosotros los de Promoción Interna, pertenecemos a una Escala postergada y nos encontramos en el peor de los ostracismos. Somos, al parecer, indeseados hijos bastardos de la Promoción Interna, que, a diferencia de otros, ya sean legítimos o adoptivos, no tenemos relación directa ni afectiva con nuestros padres. No obstante, somos los pilares donde se asientan, las columnas que los sustentan, y en las que hoy se aprecia una considerable fatiga del

material. Realmente, es un problema auténtico con augurios de consecuencias desproporcionadas, esta promoción interna nuestra, desde sus primeros pasos está abocada, sin remedio, al enrevesado sendero de la discordia. A los oscuros nubarrones que dan sombra a la Escala de Oficiales, se une, por si fuera poco, el gran error de convertir exclusivamente en promoción interna la Escala de Suboficiales, puesto que al manifiesto



Saturno devorando a su hijo
Óleo de Francisco de Goya

aumento en la edad del Sargento se adjuntan un sinfín de argumentos detractores que la convierten en un pastel poco apetecible. De este modo, los porcentajes del éxodo de la tropa se los reparten aquéllos que más futuro ofertan a nuestros jóvenes: mercado laboral, Guardia Civil, Policía Nacional, Policía Local y Bomberos. Más o menos por este orden. Y sólo los que se quedan en el tamiz de acceso a los mismos, y siempre como último recurso, acuden a la Academia de Suboficiales, a sabiendas que es la peor opción y que cada día que pasa se empeora más y más. Por supuesto que conocen la coyuntura estructural y saben que las medidas actuales y probablemente las venideras vuelven a perjudicar a la promoción interna.

De todos son conocidos los beneficios que los empleos superiores obtienen con la incomprensible distribución de los complementos. No vamos a enumerarlos en este momento, sólo recordar que el personal perteneciente a promoción interna no goza de ellos, sino, mas bien al contrario, de la afectación más desfavorable en todas sus aplicaciones (hecho ampliamente comentado y desarrollado en artículos publicados en números anteriores de nuestra revista). Ahora bien, también por debajo de estos empleos se produce una injusta situación. La ya insignificante diferencia en los emolumentos entre Cabos 1º y Sargentos se ve en multitud de ocasiones superada en detrimento de los suboficiales. Incluso se da la circunstancia de que en algunos destinos se está incentivando a la tropa con el cobro del CDE y con la elevación un grado del CSCE. Esto, que debiera ser motivo de alegría para todos, se convierte en un grave agravio, puesto que la remuneración de la tropa llega a ser superior en algunos casos a la de los propios Sargentos. Con esta medida

la tropa se equipara en asignación de complementos a los escalafones superiores de nuestra jerarquía, mientras que muchos empleos intermedios se vuelven a quedar descolgados. La situación es muy clarificadora: de Soldado a Cabo Mayor y de Comandante hacia arriba todos cobran el CDE. ¿Saben quién se queda sin cobrar? No es difícil de adivinar: los de siempre, los hijos de Saturno, los de promoción interna. Y encima el futuro se barrunta mucho más desequilibrado con el anunciado aumento de salario para los soldados a partir del próximo año; si no se produce en iguales términos para los escalones intermedios se producirá una hecatombe. ¿Cómo pueden pensar que el personal de tropa podría ilusionarse con la promoción interna, en las actuales circunstancias? ¿Es, acaso, masoquista el Soldado español? ¿Dónde están los incentivos a la Promoción Interna? Qué triste nos parece formar a buenos Soldados, con una gran vocación militar en muchísimos casos, que, por falta de atractivos en una promoción interna sin incentivar, se ven obligados a emigrar a otras Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, en busca de la estabilidad que los tiempos exigen.

Y aquí, en esta Santa Tierra lejos del Olimpo, Saturno engulle a esa prole que un día engendró, más no con Cibeles, sino fruto de una desafortunada relación con Minerva. Ésos, sus hijos que tanta desconfianza les inspiran por su temor a que algún día intenten ocupar su lugar, son devorados despiadadamente. Y mientras, nos queda la posibilidad de recitar a Calderón, efectivamente sin mucha convicción, pero es que ese verso nos gusta mucho y añoramos más. No obstante, como todo tiene fin, debemos mantener la esperanza de que algún día se sacie la ira del dios antropófago que tanto nos maltrata sin fundamento alguno.

Minerva, diosa de la sabiduría

